

GABRIELA EXILART

NAPALPÍ
ATRAPADA
en el VIENTO



Gabriela Exilart

Napalpí

Atrapada en el viento

P&J

SÍGUENOS EN



@Ebooks



@megustaleerarg



@megustaleerarg

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Para Inés Maidana, mi hada del norte

PRIMERA PARTE

*Nunca el viento me trajo el perfume de las flores.
El viento siempre me anticipó tragedias. Los cuerpos no volaban, estaban comiendo de los muertos.*

CAPÍTULO 1

Buenos Aires, noviembre de 1922

Estaban durmiendo cuando sintió el olor. Al principio Carola creyó que soñaba, pero enseguida percibió algo extraño en el ambiente y despertó a Antonio.

Al abrir la puerta del dormitorio las llamas subían por las cortinas del comedor y el fuego se expandía por todo el lugar.

—¡Guido! —gritó mientras sufría la falta de oxígeno.

—Llévate al niño, yo buscaré las cosas importantes.

La muchacha corrió hasta el camastro donde Guido dormía, ajeno en su inocencia a la desgracia que se cernía a su alrededor. Lo tomó en brazos a la vez que intentaba despertarlo, pero no lo consiguió. Lo sacó de la habitación y, al querer cruzar el corredor que comunicaba con la cocina, una llamarada le rozó los pies.

—¡Antonio! —llamó, pero no había señales de él.

Lenguas de fuego trepaban por las paredes y las chispas saltaban hacia todas partes. Divisó los muebles como fantasmas que apenas se sostenían en pie y no supo qué hacer. Era imposible atravesar el comedor para llegar a la puerta del frente. Solo le quedaba la parte trasera, que aún no estaba del todo encendida.

—¡Antonio! —repitió sin obtener respuesta.

Envolvió al niño con una de las mantas y con otra se cubrió la cabeza. Armada de coraje se lanzó al pasillo, iba descalza y el calor le mordió los pies. Llegó a la cocina con las plantas ardiendo, pero no

se detuvo. Tomó agua en un recipiente y la arrojó al suelo con la esperanza de enfriarlo un poco.

Guido despertó y empezó a llorar, Carola miró hacia atrás y todo era rojo. No había señales de Antonio, solo se oía el crepitar de las llamas y el olor a quemado cada vez más intenso. De repente un aroma diferente se expandió por todo el sitio era dulzón, extraño, de carne quemada.

La muchacha intuyó lo peor y lloró.

No podía volver al corazón de la casa, donde el fuego reinaba. Tomó el picaporte, estaba hirviendo. Retiró la mano en medio de un grito de dolor. Buscó algo con que cubrírsele y abrió.

La recibió una calurosa noche, la luna llena auguraba un hermoso amanecer. Desde el patio vio cómo toda la construcción se iba quemando. Centímetro a centímetro, las llamas la devoraban.

Corrió alejándose del lugar hacia un terreno baldío hasta sentirse a salvo. Incapaz de reaccionar permaneció allí hasta que el techo se derrumbó y las paredes lo siguieron sepultándolo todo.

La sirena de los bomberos se dejó oír y las voces de los vecinos que se habían agolpado al frente de la vivienda la trajeron de vuelta a la realidad. La encontraron sentada sobre el pasto apretando contra su cuerpo al niño de ocho años, que continuaba llorando y gimiendo la muerte.

Cuando fue capaz de volver al presente, Carola se hallaba en la comisaría. La habían cubierto con un abrigo pese a que era verano; temblaba como hoja al viento.

—¿Dónde está el niño? —fue lo primero que dijo.

—Él está bien —respondió el uniformado—. Lo están revisando.

Un hombre de mayor rango ingresó en la oficina y se sentó frente a la mujer.

—Señora, necesitamos que nos cuente qué pasó.

—¿Qué ocurrió con Antonio? ¿Lograron rescatarlo?

El comisario le dio la fatal noticia y la mujer se desmoronó.

Le ofrecieron un vaso con agua como si con eso aliviaran su pena y aguardaron un rato antes de seguir con el interrogatorio.

—Señora, necesitamos saber qué ocurrió.

Como en trance, Carola relató lo sucedido, que no era mucho. Después le hicieron más y más preguntas que no fue capaz de responder. La pena por la muerte de Antonio era demasiado grande. No importaba nada más, ni siquiera el niño, que estaba en la salita contigua.

Las horas pasaron y el amanecer se convirtió en un bello día de verano. El aire aún olía a quemado pese a que la comisaría estaba alejada del fatídico domicilio, pero Carola seguiría oliendo a muerte por el resto de su vida.

—¿A dónde va a ir?

De repente la muchacha tomó conciencia de su orfandad: no tenía a nadie. Ni familia ni amigos. Sus viejas relaciones se habían perdido en el camino de su matrimonio. Y Antonio solo se rodeaba de compañeros de ocasión, sin vínculos consolidados. Estaba sola. Sola con el niño.

—No lo sé...

El comisario frunció el gesto.

—¿Nadie que pueda alojarla, al menos hasta que mejore su situación?

Carola cayó en la cuenta de que no había manera de mejorar la situación. Carecía de trabajo o ahorros; todo giraba alrededor de Antonio, quien en los últimos tiempos se había comportado de manera irresponsable. Muerto él tampoco habría ingresos de su salario.

—¿Señora? —repitió el policía.

Ella volvió a negar y el hombre pronunció las temidas palabras:

—Aquí no puede quedarse, señora, tendrá que buscar un lugar.



CAPÍTULO 2

Sábado 19 de julio de 1924. Reducción de Napalpí, Chaco

Me despertó el ruido del motor, un sonido poco habitual en el medio del monte. Abrí los ojos con pereza, todavía me aletargaba el efecto de las bebidas de la noche anterior. Nunca iba a acostumbrarme al jugo de la algarroba que los aborígenes llamaban “kapa”. Siempre que bebía, terminaba mareada.

Los niños aún dormían en sus cueros. Lila ya no estaba. Supe enseguida que un avión nos sobrevolaba y decidí salir. Ni bien descorrí la cortina vi el cielo soleado pese a que estaba algo fresco. Debía ser temprano. Lila se hallaba de pie frente al toldo mirando el firmamento.

—Es el cuervo blanco —me dijo, señalando el aeroplano.

Sonreí. Cuervo blanco. Los qom todo lo relacionaban con la naturaleza. En eso empezaron los disparos: secos, cerrados, incomprensibles. Miré hacia arriba sin tener conciencia del peligro, y vi a un hombre con anteojos oscuros disparando su carabina desde la cabina del avión. Él también sonreía. A mi alrededor algunos aborígenes que continuaban los festejos de la víspera se asomaron al campo sin advertir el acecho de la policía agazapada. Empezaron a caer al ritmo feroz de la balacera.

Asustada ingresé en el toldo: había que sacar a los pequeños. Lila me siguió y con espanto sorteamos las balas que agujereaban el techo. Los niños no querían abandonar el sueño y tuvimos que zamarrearlos para hacerlos salir, sin saber que afuera sería peor. Desde el

cielo “el cuervo blanco” lanzaba picotazos desesperados acabando con la vida. Nadie escapaba.

Alcé a Mario. Debía llevarlo con su padre, ¿dónde estaba? Sin pensar corrí con el niño hacia el monte y fue en ese momento cuando lo vi: Dante venía escapando en dirección a nosotros cuando una bala lo alcanzó. Cayó al suelo sin dejar de mirarnos, extendió la mano con sus últimas fuerzas y me indicó que me alejara. Fue un instante que viví como si fueran horas. Él debió advertir mi indecisión. No podía dejarlo ahí, herido de muerte. Con todas sus fuerzas Dante gritó “vete”.

Apreté al pequeño. Mis mejillas, húmedas de lágrimas y un sabor salobre en la boca. Lo miré por última vez: él seguía viéndonos, suplicándome que sacara a su hijo de aquella balacera. Obedecí y hui hacia el monte mientras familias enteras trataban de escapar de sus toldos arrastrando a niños y ancianos. Muchos quedaban en el camino regando la tierra con su sangre.

Gritos y más gritos. De los heridos y de los atacantes embravecidos ante tanta lujuria de muerte. Cuando desde al avión creyeron que no había peligro avanzó la tropa, que esperaba escondida en los límites del monte en forma de arco. Me tiré entre los matorrales. El pequeño gemía entre mis brazos, lo estaba apretando contra el suelo. La historia se repetía.

No era momento de avanzar: sería una muerte segura. Silencio le pedí en voz baja. Obedeció.

Mis ojos fueron testigos de la masacre que vino después. Pedro Maidana quiso repeler la agresión, pero un policía lo asesinó de un disparo sin darle tiempo a utilizar su arma. Las lágrimas me quemaban en los ojos al ver caer al líder de su pueblo. Mi cuerpo entero se convulsionó en sollozos, que tragó la tierra húmeda de sangre.

Como si esa muerte no fuera suficiente se ensañaron con su cadáver. Lo mutilaron arrancándole orejas, testículos y labio superior. El machete carmesí subía y bajaba con ferocidad.

No solo Pedro fue víctima de la vejación; ciegos de odio los soldados descuartizaban todo cuerpo caído sin distinguir entre hom-

bres, mujeres, ancianos o niños. Se llevaban sus partes como trofeos. Cerré los ojos, no quería ver eso. Pensé en Dante y en su cuerpo mutilado... fue demasiado. Tuve que reprimir el vómito y esconder la cara contra la tierra que seguía temblando ante la matanza.

Gritos y aullidos de dolor y desesperación ascendían al aire en una sinfonía macabra.

Me abracé al niño y permanecimos inmóviles, camuflándonos con la naturaleza. Ni siquiera respirábamos: debíamos volvernos invisibles. Quería saber qué había ocurrido con Lila y sus hermanos, los había perdido de vista en la espantada; necesitaba saber de mi querida Rosalía, de Rosa, de su madre, de Melitona... Pero no osé levantar la cabeza.

Sentía pasos, voces, gritos, aullidos, golpes; mis sentidos todos a flor de piel. Me fui con la cabeza tiempo atrás, busqué en mi pasado algo lindo a que aferrarme. Eran escasos los momentos de felicidad en mi haber. Por algo estaba allí, en medio de ese monte hostil y de vida sacrificada.

El olor del viento me recordó el ayer. Era un olor demasiado presente, demasiado denso en mi memoria. Era el olor de una nueva muerte, nauseabundo, agridulce, obsceno. Era el olor de la carne humana quemada.

Aun sabiendo que corría riesgo alcé la vista y por entre los yuyos vi las llamas; los pocos sobrevivientes que permanecían en los toldos eran calcinados, el humo más blanco que lo habitual me lo confirmó.

Algunos salían como muñecos envueltos en fuego, desgarrando su dolor en el aire, para terminar desplomándose en la tierra. Era tan macabra la visión que me desvanecí.

Cuando desperté la carnicería había terminado. Solo me rodeaba el olor a muerte y el silencio.

El pequeño, que yacía debajo de mi cuerpo, no se movía. Temí haberlo ahogado. Me desplazé con sigilo, si había alguien cerca podía estar en peligro. El pequeñín estaba morado, tieso. Lo zarandé al borde de la locura hasta que abrió los ojos, esos ojos negros y

achinados donde aún anidaba la inocencia. Lo cubrí de besos y miré a mi alrededor.

En el suelo montuno habían florecido muertos, amontonados unos sobre los otros. Cuerpos mutilados, custodiados por caranchos y buitres acechando desde las ramas.

Me puse de pie con dificultad; en la huida me había lastimado con espinas y ramas. Avancé unos pasos, endeble y mareada; Mario, de mi mano.

Busqué el sendero que me sacara del monte y un cuadro dantesco se desplegó ante mis ojos: empalados, los cadáveres se erguían en la tierra roja; sutil advertencia para los sobrevivientes si es que los había. Me doblé en dos y vomité lo poco que tenía en el alma. Caí de rodillas, vencida. Quise morir.



CAPÍTULO 3

Buenos Aires, noviembre de 1922

Hacía una semana que la casa había quedado reducida a cenizas. Carola y Guido habían necesitado de la caridad ajena, y habían pernoctado aquí y allá sin más pertenencias que ropas prestadas y valijas de pena. Pero la situación era insostenible, tenía que hallar una solución.

Los trámites en el banco para percibir el último sueldo de Antonio seguían demorándose. Tenía que contratar a un abogado, pero carecía de dinero. Era un círculo del cual Carola no podía salir.

Dejó a Guido al cuidado de su anfitriona de turno, la esposa de uno de los oficiales de la comisaría donde había pasado los dos primeros días, y salió a buscar trabajo. Si lograba aunque más no fuera alguna casa para limpiar tal vez podría pagar una habitación. ¿Y el niño? ¿Quién daría trabajo a una mujer con un jovencito a cuestas?

Ya en la calle pasó por una vidriera y no se reconoció: había perdido varios kilos en esa semana aciaga y su cintura empezaba a perfilarse. En otro momento se hubiera sentido feliz, el sobrepeso había sido un gran problema para Carola. Pero no eran tiempos para ocuparse de la estética sino para salir adelante.

Con el corazón quebrado y el miedo ante la incertidumbre doblándole la espalda, recorrió negocios, hoteles y pensiones ofreciendo la fuerza de sus brazos para cualquier trabajo disponible. Pero al final del día no había logrado nada.

Después de caminar durante horas soportando zapatos prestados que no eran de su talla y le sacaban ampollas, decidió regresar. Sentía vergüenza aun cuando no fuera culpable de nada. No le gustaba vivir de la lástima ajena. Se recriminó el haber obedecido a Antonio abandonando sus proyectos, pero ya era tarde. No tenía nada, apenas conocimiento sin título.

Las llagas en los talones la obligaron a hacer un alto en su andar, se recostó contra la pared y se descalzó. El calor había menguado a esa hora, el sol se estaba ocultando y la gente volvía a sus casas, a sus afectos.

Cerró los ojos un instante y al abrirlos vio que no estaba sola. Un hombre trajeado de pie frente a ella la miraba amenazante.

Carola se alertó e irguió, pero el sujeto apoyó los brazos contra el muro, encerrándola.

—Tiene cinco días para pagarnos lo que nos debe —dijo con voz susurrada, muy cerca de su oído.

La muchacha se estremeció y alcanzó a responder:

—No sé de qué habla, debe estar confundido.

Una sonora carcajada se elevó en el aire antes de que sus dedos encerraran su garganta.

—No me tome el pelo, señora —masticó una a una sus palabras—. Antonio nos debía mucho y ahora es usted quien debe cancelar la deuda.

—¡Por favor! —gimió Carola. La estaba ahogando. El hombre aflojó la presión—. No sé de qué habla, se lo juro.

—¡No sabe de qué hablo! —El desconocido estaba furioso, se contenía para no golpearla—. Parece que el escarmiento no fue suficiente.

La muchacha abrió los ojos a más no poder, no comprendía lo que estaba oyendo, creía que todo era una confusión, pero el nombre de Antonio se interponía entre ellos.

—¿Qué quiere decir? —se animó a preguntar.

El sujeto pareció confundido, tal vez le creyera que ella no sabía nada.

—Antonio Mazzone nos debía una gran cantidad de dinero. ¿O acaso no conocía sus vicios?

Carola voló hacia atrás, a esas noches de frío invierno cuando él llegaba tarde, siempre de mal humor y sin explicaciones. A su mente acudió la visita de ese hombre el mes anterior, con ese extraño mensaje sobre un préstamo que ella había malinterpretado.

—Él... —abrió los ojos almendrados esperando una explicación.

—Él era un jugador, señora, y nosotros sus prestamistas. Fue una pena que no haya escuchado nuestras advertencias... —El desconocido volvió a reír con todas sus fuerzas y ella se estremeció—. Ahora es solo un puñado de cenizas.

—¡Oh! —Carola se cubrió los ojos y sollozó. Empezaba a entender, el incendio no había sido casual—. ¡Antonio había sido asesinado!

—La próxima será usted, señora, y ese niño al que cuida tanto.

—¡No! —gritó y él la abofeteó.

—¡Cállese! —Un cuchillo apareció de su manga y se apretó contra su costado—. ¿O quiere dejarlo huérfano ahora mismo?

Carola sintió que las piernas se le aflojaban y el hombre tuvo que sostenerla. La abrazó contra la pared y aprovechó para refregarse contra su cuerpo lleno.

—Mmm, nunca imaginé que las gorditas me excitaran —susurró sobre su cuello—. Tiene cinco días para conseguir el dinero. De lo contrario, olvídense del pequeño.

La soltó de repente y se perdió en el atardecer. La muchacha se arrodilló y lloró su desgracia. Empezaba a entender las actitudes de Antonio, en especial el miedo y sus palabras de perdón la noche misma del incendio.

Al cabo de un rato meditó que tenía que volver a la casa. Debía buscar ayuda, denunciar a ese sujeto.

Con los zapatos en la mano corrió con todas sus fuerzas las cuerdas que le quedaban. Arribó a lo de sus anfitriones sudada y agitada y esbozó a borbotones lo poco que sabía.